

Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad

Por Juliana Marcús -1-

[...]

2. La(s) maternidad(es): contextos y conceptos

El amor materno no es un amor natural; representa más bien una matriz de imágenes, significados, prácticas y sentimientos que siempre son social y culturalmente producidos.

Nancy Scheper-Hughes

Lo importante al desnaturalizar el concepto de maternidad es abolir la supuesta existencia de una maternidad basada en el instinto, considerada como algo nato y dado en la mujer. Lejos de poseer este carácter esencial, la maternidad es cultural, se construye contextualmente, a lo largo de la historia, a través de luchas por la imposición de un sentido legítimo del ser madre. Por ende, deben analizarse con sentido crítico las teorías que históricamente han postulado como generales o universales las normas de lo que debe ser una *buena madre* diseñada de acuerdo a los patrones de la familia occidental, moderna y de clase media.

Esto es lo que hicieron Rousseau y Freud, que con ciento cincuenta años de distancia elaboraron una imagen de mujer coincidente: destacan su sentido de la abnegación y el sacrificio, que según ellos caracteriza a la mujer “normal”, donde la primera condición de una buena maternidad es la capacidad de adaptarse a las necesidades del hijo. En contraposición se esgrime el argumento de la *mala madre* como aquella “incapaz o indigna”. Al postular que la maternidad genera naturalmente amor y la dedicación al niño, las aberraciones eran percibidas como excepciones patológicas a la norma (Badinter, 1991:264). Siguiendo a Badinter, durante décadas la prensa francesa no escatimó la imagen estereotipada de la *buena madre* que se queda en casa, ni las desdichas que acechan al hijo abandonado por la madre que trabaja.

En la década del '40, en la Argentina las feministas intentaron reformular la maternidad. Fundamentalmente la consideraron una “función social” y para algunas, incluso, una “posición política”: el ejercicio de la maternidad era una forma de hacer política. Puesto que eran o podían ser madres, no podía privarse a las mujeres de derechos civiles, sociales y políticos (Nari, 2000). Las feministas eran plenamente conscientes del doble carácter de la maternidad: valiosa para la libertad, valiosa para la opresión. Con relación a las mujeres de la clase obrera se insistía en las condiciones materiales inadecuadas en que se veían forzadas a ser madres (trabajos insalubres, violencia familiar, abandono de sus esposos). Para las mujeres de sectores medios o incluso de la elite, la opresión parecía venir de la mano del afianzamiento del modelo maternal hegemónico impulsado por los médicos.

En los años '60, once años después de la aparición de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, nació en Estados Unidos un importante movimiento feminista cuyo objetivo prioritario fue cuestionar los fundamentos de la concepción freudiana de femineidad. Al destruir el mito freudiano de la mujer normal, pasiva y masoquista, volvió caduca la teoría de la madre naturalmente abnegada, hecha para el sacrificio.

Kate Millet, perteneciente al feminismo radical norteamericano -2-, supo mostrar las fallas del razonamiento freudiano. Si la virilidad en sí misma es un fenómeno superior, tal como argumenta Freud, debiera poder probarse. Millet piensa que hay que buscar la respuesta en la sociedad patriarcal -3- y en la situación que esa sociedad les reserva a las mujeres (citado en Badinter; op.cit.: 280). Para el psicoanálisis, la anatomía es destino. Según Freud, la pasividad, el masoquismo y el narcisismo propios de la personalidad femenina, representaban la norma de un correcto desarrollo femenino. Poco importaba que la educación y los factores de socializa-

ción hayan inducido a las mujeres a adoptar esas actitudes; “lo adquirido se declaraba innato” (Badinter; op. cit.: 281). Parece pensar como un determinista biológico, pues arguye que “la exigencia feminista de derechos iguales para ambos sexos no nos llevará muy lejos, pues la distinción morfológica se expresa obligatoriamente en diferencias de desarrollo psíquico” (Freud, 1924: 178; citado en Chodorow, 1984: 230). Para Freud hay un destino reservado a las diferencias anatómicas entre los sexos. El lenguaje de la “naturaleza” recubre suposiciones patriarcales sobre la pasividad (en las mujeres) y la actividad (en los hombres) (Chodorow, op. cit.).

Las teorías contemporáneas del sentir maternal ~~-4-~~ o amor materno son el producto de un momento histórico que coincide con la transición demográfica y con el auge de la familia nuclear moderna burguesa. Esta concepción moderna del amor materno es el resultado de una estrategia reproductiva que promueve “*tener pocos hijos e invertir a fondo (emocional y materialmente) en cada uno de los que nacen*” (Scheper Hughes, 1997: 385). Desde esta noción de la maternidad no se consideran moralmente correctos ciertos “sentimientos maternales” diferentes, como aquellos de los sectores más pobres de la sociedad, donde se encuentran presentes otras prácticas maternales.

Sin embargo, esta estrategia resulta ajena a los significados compartidos por la mayoría de las mujeres que vive en situaciones de extrema pobreza. En condiciones de alta mortalidad ocurre que las mujeres suelen tener muchos hijos, aunque sobreviven sólo algunos de ellos. Asimismo, desde hace cientos de años que en las familias campesinas la lógica de la reproducción se relaciona con la inversión en un gran número de miembros del grupo que garantice el mantenimiento de la mano de obra. También, aún hoy en la cultura reproductiva de los sectores populares tener muchos hijos es símbolo de prestigio, poder y abundancia del grupo familiar.

Ahora bien, desde el modelo hegemónico, alejarse de aquel ideal de madre incondicional, “madura” y “preparada” para la función asignada convierte en foco de sospecha a las mujeres, sobre todo si se trata de jóvenes, pobres y solteras. Algunas de estas cuestiones se ponen de manifiesto cuando se trata de madres adolescentes provenientes de sectores populares. Muchas de ellas, para ser consideradas buenas madres deben esforzarse y adaptarse a las expectativas emotivas que define el guión del apego maternal.

3. La percepción de la maternidad al interior de los sectores populares

El significado social de la maternidad adquiere diferentes características según la clase social y las diferentes culturas. El mandato cultural dominante de “ser madre” recae sobre toda mujer sin importar clase social (Mancini, 2004).

Si bien en nuestra cultura occidental, la maternidad es el principal organizador de la vida de la mujer, las pautas que cada sociedad transmite en cuanto al momento para ser madre o al número de hijos, varían de acuerdo a los diferentes estratos socioculturales. La maternidad es percibida socialmente en los sectores populares como un valor positivo donde “(...) se potencia la valorización de la maternidad como principal proyecto de vida y símbolo de la identidad femenina” (Mancini y Wang, 2003: 236). En estos estratos la maternidad temprana es culturalmente más aceptada, así como la cantidad de hijos por mujer suele ser bastante más elevada que en los sectores medios.

En los sectores populares se liga directamente a la mujer con el ser madre; el ser madre otorga identidad como mujer. La figura de la madre acarrea prestigio y valoración social a las mujeres. Se sienten un individuo completo en tanto madres, pues su hijo es su alegría y su justificación. A través de él termina de realizarse socialmente. Una frase que lo resume es *soy mujer porque soy madre*. Muchas veces los embarazos no son planificados ni buscados por estas mujeres y junto al sentimiento de gratificación que supone ser madre se superpone otro: el de una aceptación a veces resignada como un destino inherente al ser mujer: *soy madre porque soy mujer*. Es el feminismo quien viene a cuestionar el lugar de la mujer-madre como biológicamente determinado.

Nancy Chodorow (op.cit.) realiza un análisis acerca del ejercicio de la maternidad, refiriendo que el rol maternal ha ganado significación desde lo psicológico y lo ideológico, habiéndose

convertido en el principal definidor de la vida de la mujer. La mujer desea y se gratifica con el ejercicio maternal a pesar de los conflictos y contradicciones que le puede acarrear, y es precisamente el rol maternal y no la maternidad biológica lo que produce los efectos más profundos en la vida de la mujer.

En cuanto al valor atribuido a los hijos y el significado de la maternidad en sus vidas, los hijos tienen un valor simbólico como afirmación de su identidad, constituyen una fuente de legitimidad social, autoridad moral y gratificación emocional (González Montes, 1994; citado en Ariza y De Oliveira, 2003: 45). La maternidad también es vista como una fuente de poder. Las mujeres de sectores populares urbanos verbalizan que, además de dar sentido a sus vidas, la maternidad las reivindica frente a la comunidad, les permite ejercer un control sobre los hijos.

Sentir a sus hijos como propios, es decir, como parte de sus pertenencias, reproduce y afirma aún más el lugar de madre como dadora de identidad. Los hijos se convierten en elementos clave a partir de los cuales se define esta identidad, ya que el rol maternal les brinda recompensas y gratificaciones que no encuentran en otros ámbitos de sus vidas. Es posible ver en el embarazo y la maternidad una forma de afirmación de la subjetividad de las jóvenes y de proyección a futuro. La maternidad es parte importante del proyecto de vida.

Al comprender las prácticas populares se puede pensar que, en el caso de las jóvenes del sector, la maternidad funciona como posibilidad de tener un proyecto propio, lo cual no supone ubicar tal proyecto como ausencia de otros proyectos o mero relleno de un futuro inimaginable para ellas. *“Estas mujeres les asignan a sus hijos un valor afectivo y ‘reparador’, pues de ellos esperan recibir ‘amor y compañía’, así como darles lo que a ellas les faltó de niñas.”* (Pantelides, Geldstein, Infesta Domínguez, 1995: 59).

En el caso de Cristina, una de nuestras jóvenes entrevistadas, ser madre aparece como una forma de realización personal. Si bien al principio la noticia no fue recibida con buenos augurios, más tarde Cristina consideró que sus hijas otorgaban un sentido de trascendencia a su vida. En definitiva se sintió realizada como mujer, pues “- una mujer sin hijos no es una mujer completa” nos decía en uno de nuestros encuentros -5-.

Si bien es sabido que es a través del rol materno como la familia ejerce su principal influencia en la conformación de la subjetividad de los hijos, no hay que perder de vista la “otra cara” de la maternidad, es decir, aquella responsable de las representaciones con las que se subordina a la mujer identificándola con la esfera privada, como soporte afectivo y doméstico (Schmukler, 1989). Pareciera que algunos argumentos postulados en el siglo XVIII, aún siguen vigentes en los sectores populares más marginales: *“la mujer debe limitarse al gobierno doméstico, no mezclarse con los asuntos de fuera, mantenerse dentro de la casa”* (Rousseau, 1762: 872; citado en Badinter: 1991: 204-205).

3.1. ¿Qué significa ser madre adolescente en un contexto de marginalidad social?

Veamos cómo las relaciones de género y el sentido que estas adolescentes le otorgan a la maternidad, están estrechamente vinculadas. Los roles de género están culturalmente determinados. Las creencias, los valores y las actitudes acerca de los roles de la mujer y el varón constituyen las imágenes de género que también están socialmente construidas. Las relaciones de género son relaciones de poder, por lo que estamos frente a un sistema jerárquico (Rostagnol, 1991; Piscitelli, 1995).

El juego de poder implícito en las relaciones entre géneros se concretiza en el ámbito laboral, en la división sexual del trabajo, que produce y reproduce la relación de dominación y subordinación. En los sectores populares los modelos culturales vinculados con la tradicional división sexual del trabajo se encuentran más arraigados que entre los sectores medios. Esta distribución de roles determina que el cuidado del hogar y de los hijos se entiendan como cuestiones que deben ser atendidas exclusivamente por las mujeres. La imagen de “madre y esposa” se refuerza con la asociación de la maternidad con la femineidad, valoradas en la personalidad de la mujer (Giddens, 1998: 48). Estas mujeres actúan de acuerdo a roles que le son asignados social y culturalmente en virtud de su condición sexual. Espacios que, a su vez, entretejen lo que se espera del ser “mujer” funcionando como referencias a la hora de construir género. Los

roles más tradicionales – ser madre y ama de casa- son atribuidos a la mujer tanto por los valores como por ellas mismas.

Como afirma Evangelina Dorola (1989: 198), se ejerce una *“violencia invisible entendida como naturalización de los roles asignados a las mujeres. La misma atraviesa verticalmente la estructura social y permanece reproducida o profundizada”*. La vida cotidiana de las mujeres jóvenes de los sectores populares marginales se desarrolla primordialmente en el hogar, en el ámbito privado, relegándose su salida al mundo público, al mundo exterior (la calle, el barrio, etc.). Se pueden diferenciar entonces, dos esferas sociales: el mundo de la producción y el trabajo, y el mundo de la casa y la familia (Jelin, 1998). El hombre es quien trabaja afuera y la mujer es responsable de la domesticidad.

Una encuesta realizada en 1994 a 250 adolescentes de hasta 18 años de sectores populares urbanos (Climent y Arias, 1996) refleja una fuerte asignación del rol de la mujer circunscripto al ámbito doméstico. Así, el 41% considera que es preferible que la mujer se ocupe sólo de su casa; un 30% que trabaje afuera y un 23% que es preferible que la mujer se ocupe de ambas cosas. De las que opinan que “es preferible que la mujer se ocupe sólo de su casa”, la mayoría (82%) sostiene que la mujer “debe” ocuparse de sus hijos, el marido y la casa, aclarando, en algunos casos que “siempre fue así”. De este modo hay una naturalización del rol femenino impuesto por valores hegemónicos patriarcales que asisten a su reproducción.

Estas mismas jóvenes ven en el futuro hijo “un sentido para vivir”, “una compañía”, la posibilidad de “tener algo mío”, “no estar más sola”, “le voy a dar todo”, “que no le falte nada”, “que estudie”, “ser madre es el sueño de toda mujer” -6-. La maternidad se vivencia como un hecho “natural” que inexorablemente se tiene que dar, como un destino inherente al ser mujer. En este sentido, la afirmación de Edith Jacobson refleja los imaginarios, representaciones y prácticas de estas mujeres: *“el destino biológico de las mujeres es embarazarse y parir, alimentar y criar a los niños”* (citado en Chodorow, op.cit.:25).

Las adolescentes son socializadas con esas pautas tradicionales por lo que la realización personal a partir del trabajo o el estudio no son opciones evaluadas como posibles o atractivas. Tal como plantea Nancy Chodorow en su obra *El ejercicio de la maternidad* (1984), las mujeres, en cuanto madres, producen hijas con capacidad y deseos de ejercer la maternidad. De este modo, es evidente la reproducción del sistema patriarcal: es la madre quien transmite a su hija los valores dominantes, pues desde niñas se les enseña a ser madres, se las entrena para el cuidado infantil y se les dice que tienen que ser madres.

Al mismo tiempo, ser madres les otorga identidad institucional, pues muchas de ellas son víctimas de la deserción escolar y el desempleo quedando fuera de toda red de institucionalidad.

“Algunas están muy orgullosas de estar embarazadas a los 15 años, con un grado de satisfacción, también es una cosa que vemos acá de esta entidad que te da ser madre. Ahora soy alguien, soy la mamá de, me puedo anotar para un plan alimentario y en mi casa en lugar de estar cuidando a mis hermanitos más chicos, tengo un hijo para cuidar, reciben la leche, algunos otros planes sociales (...). También están todas estas cosas dando vueltas, y esto hace que no quieran cuidarse, por lo cual no vienen a utilizar los métodos anticonceptivos. O sea, está el acceso, pero hay toda una cuestión cultural muy fuerte que además es cierto lo que dicen, es cierto que no acceden a planes alimentarios si no tienen hijos, es cierto que no reciben la leche si no tienen hijos, y además es cierto que no tienen otro proyecto, entonces los hijos comienzan a convertirse en proyectos.” (Trabajadora Social de un centro de salud de San Fernando)

4. Reflexiones finales

Ni la biología ni los instintos ofrecen una explicación adecuada de las razones por las cuáles las mujeres llegan a ejercer la maternidad. El ejercicio maternal de las mujeres, en cuanto es un rasgo de la estructura social, requiere de una explicación en los términos de la estructura social. Las mujeres ejercen la maternidad porque antes ésta fue ejercida en ellas por otras mujeres (Chodorow, op.cit.).

Por tratarse de un sector de escasos recursos (tanto materiales como simbólicos), la maternidad funciona otorgando identidad, un proyecto en la vida, y mucha satisfacción a las jóvenes madres. Ahora bien, tener en cuenta que el proyecto de vida se liga a la maternidad no implica olvidar que ello también funciona como indicador de una situación económica y social desventajosa, donde la falta de oportunidades profesionales y educativas terminan imponiéndose y estableciendo que la maternidad se constituya en su principal destino y objetivo en la vida.

Pero este es sólo un aspecto de la percepción del "ser madre", pues no hay que olvidar que existe una gran heterogeneidad al interior de los sectores populares, con lo cual deberíamos hablar de "maternidades" y no de maternidad. Como vimos, la maternidad se vive y percibe distinto en madres de sectores populares marginales y madres de sectores populares deslocalizados, que habitan en la ciudad y se encuentran en permanente contacto con los códigos culturales imperantes en los sectores medios. Resulta evidente, pues, que no existe un comportamiento maternal suficientemente unificado como para que pueda hablarse de instinto o de actitud maternal "en sí" (Badinter; op.cit.: 292).

En cuanto a los sectores medios y altos, cuanto más jóvenes, instruidas y activas son las mujeres, asocian en menor grado el logro y la felicidad femenina con la maternidad. En ellas persiste con vigor el deseo de desarrollarse en el mundo del estudio y del trabajo. La maternidad se posterga hasta alrededor de los treinta años, planificándola con relación a otros aspectos de la vida -7-.

Para Condorcet "*el genio femenino no se limita a la maternidad, sino que la mujer puede acceder a todas las posiciones, porque sólo la injusticia, y no la naturaleza, les impide el conocimiento y el poder*" (1791: 281; citado en Badinter, op.cit.: 140). En este sentido, sostiene que son las condiciones sociales las que llevan a la desigualdad social y de género.

Notas

-1- Lic. en Sociología, UBA. Doctoranda en Ciencias Sociales, UBA. Becaria CONICET. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

-2- El feminismo radical forma parte de la Teoría Feminista de la Diferencia, cuyos postulados se inclinan por la valoración positiva de la femineidad (propensión de las mujeres a la ternura, el cuidado), es decir, encontrar la especificidad femenina que no sea la que el patriarcado ha impuesto históricamente. La gran creadora de esta teoría es la lingüista y psicoanalista Luce Irigaray (1974), quien ha contribuido a elaborar una "identidad subjetiva sexuada" (Rivera, 1994: 32). Critica al Feminismo de la Igualdad, pues dicha igualdad entre el varón y la mujer hace perder la identidad femenina. Irigaray fue en Francia una de las primeras psicoanalistas que refutó el modelo freudiano. Sostiene que en Freud la mujer aparece como lo negativo, como la carencia, quedando asimilada al deseo masculino. El psicoanálisis hace que la niña se aleje de su primera identificación que es la madre, existiendo un rechazo hacia ella. Hay una desvalorización del propio sexo femenino considerando a la niña como un varón imperfecto y mediocre. Por otro lado, el Feminismo de la Igualdad postula que la diferencia femenina es un producto cultural, una construcción social impuesta por el patriarcado, que supone la sumisión de la mujer al hombre. Esta corriente tiene por objetivo la superación de las diferencias de género y culturales que suponen la sujeción de un género (femenino) a otro (masculino). De aquí se desprende la afirmación que reivindica Simone de Beauvoir en su obra *El segundo sexo*: "No se nace mujer, se llega a serlo" (1999: 207).

-3- Para las feministas radicales, el patriarcado precede al capitalismo. Este grupo lo define como "un sistema sexual de poder en el cual el hombre posee un poder superior y un privilegio económico. Es la organización jerárquica masculina de la sociedad" (Eisenstein, 1980:28). A ninguna de ellas les satisfizo la definición de patriarcado postulada por el marxismo. Según estas mujeres, el poder sexual y no el económico parece ser el determinante para cualquier análisis revolucionario. Para los marxistas el patriarcado nació con el capitalismo. Hartmann (feminista marxista) lo define como "un conjunto de relaciones sociales que tiene una base material y en la cual hay relaciones jerárquicas entre los hombres y solidaridad entre ellos, lo que les permite dominar y oprimir a las mujeres. La base material del patriarcado es el control de los

hombres sobre la fuerza de trabajo de las mujeres. Dicho control se mantiene negando acceso a las mujeres a los recursos productivos económicamente necesarios y restringiendo su sexualidad” (1985: 16)

-4- Para un análisis más completo de las teorías del sentir maternal desarrolladas por Klaus, Kennell y Ruddick, ver Scheper Hughes (1997).

-5- Balzac en su obra *Mémoires de deux jeunes mariées* le hace decir a uno de sus personajes: “una mujer sin hijos es una monstruosidad; estamos hechas solamente para ser madres” (citado en Badinter, op.cit.: 212).

-6- Resulta interesante tener en cuenta algunos datos estadísticos surgidos de una investigación sobre los cuidados de la salud sexual y reproductiva en la población adolescente de bajos recursos de todo el país realizada durante el año 2003 por la Sociedad Argentina de Ginecología Infanto-Juvenil -SAGIJ-. Las adolescentes encuestadas fueron 1477 con una edad promedio de 16,7 años, de las cuáles 1034 habían iniciado relaciones sexuales. El 34,4% de estas últimas (356) no tuvo ningún cuidado anticonceptivo en la primera relación sexual. Los motivos más frecuentes que refirieron fueron - él no quería 33%- y por - falta de información 33%-. Pero llama la atención el porcentaje de adolescentes que expresan el deseo de embarazo (5,4%), pues este indicador nos dice que la falta de uso de MAC va más allá de la precariedad material de estas mujeres. Existen entonces pautas culturales y modelos de género que regulan sus prácticas, al tiempo que la falta de posibilidades de construir otros proyectos pesa sobre ellas. Existe ese deseo de ser madre que las gratifica. Otra investigación sobre embarazo adolescente en sectores populares que refleja datos llamativos, es la que llevó a cabo el CEDES. El estudio abarcó las principales maternidades públicas de las provincias de Catamarca, Chaco, Misiones, Salta, Tucumán, Gran Buenos Aires y Gran Rosario. En total, se entrevistaron 1645 adolescentes que dieron a luz entre diciembre de 2003 y febrero de 2004 en 15 hospitales seleccionados. La edad promedio de las encuestadas es de 17,5 años. Los motivos de la no utilización de MAC en la iniciación sexual fueron -no esperaba tener relaciones en ese momento 35,8%-, -no conocía los métodos 11,8%- y -quería tener un hijo 9,4%-. Luego de la iniciación sexual, el principal motivo de no uso de MAC fue -quería tener un hijo 21,7%-. Al momento del último embarazo, el 81,5% de las encuestadas no estaba utilizando un método anticonceptivo. El 43,6% de ellas reportó que quería tener un hijo (584).

-7- Datos obtenidos de una encuesta (155 casos) realizada en 1999 por el equipo de investigación dirigido por el Prof. Mario Margulis en el marco del Proyecto UBACyT TS25, “La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de sectores medios”. El universo que compuso la muestra de la encuesta se orientó hacia jóvenes de sectores medios, de 18 a 32 años de edad, en su gran mayoría estudiantes universitarios y profesionales que habitan en barrios de clase media de la Ciudad de Buenos Aires.

Bibliografía

AAVV, (2003); Investigación exploratoria sobre características de crecimiento, desarrollo y cuidados de la salud sexual y reproductiva en población adolescente, SAGIJ, Buenos Aires.

AAVV, (2004); El embarazo en la adolescencia diagnóstico para reorientar las políticas y programas de salud, CEDES / Ministerio de Salud / CONAPRIS, Buenos Aires.

ARIZA, M. y DE OLIVEIRA, O. (2003); “Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica”, en Wainerman Catalina (comp.) Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones. FCE. Bs As.

BADINTER, E. (1991); *¿Existe el instinto maternal?*, Ed. Paidós, España.

BOURDIEU, P. (1991); *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.

CHODOROW, NANCY (1984); *El ejercicio de la maternidad*, Ed. Gedisa, Barcelona. (primera edición en inglés en 1978, Universidad de California).

CLIMENT, G. y ARIAS, D. (1996); "Estilo de vida, imágenes de género y proyecto de vida en adolescentes embarazadas" en AA.VV., Taller de Investigaciones Sociales en Salud Reproductiva y Sexualidad, CENEP, CEDES, AEPA, Bs Aires.

DE BEAUVOIR, S. (1999); El segundo sexo, Ed. Sudamericana, Buenos Aires. (Primera edición en 1949 por Editorial Gallimard, Paris)

DOROLA, E. (1989); "La naturalización de los roles y la violencia invisible", en Fernández, Ana María y Eva Giberti (comp.): La mujer y la violencia invisible", Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

EISENSTEIN, Z. (1980); "Hacia el desarrollo de una teoría del patriarcado capitalista y el feminismo socialista", en Eisenstein, Z. (comp.), Patriarcado capitalista y feminismo socialista. Siglo XXI.

GEERTZ, C. (1987); La interpretación de las culturas. Gedisa Editores, México. Capítulo 1: "Descripción Densa: Hacia una teoría interpretativa de la cultura",

GIDDENS, A. (1998); La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas, Ed. Cátedra, Madrid.

GUBER, R. (2001); La etnografía. Método, campo y reflexividad, Editorial Norma, Buenos Aires.

HARTMANN, H. (1985); El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo: hacia una unión más progresista. En Teoría y Política 12-13.

JELIN, E. (1998); Pan y afectos, la transformación de las familias, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

MANCINI, I. (2004); "Modelos de maternidad entre las jóvenes de los sectores medios de Buenos Aires", ponencia presentada en el Congreso Argentino de Antropología Social, Córdoba, Argentina.

MANCINI, I. y WANG, L. (2003); "Prácticas anticonceptivas en las mujeres jóvenes", en Margulis Mario y otros, Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires, Ed. Biblos, Buenos Aires.

MARCÚS, J. (2003); "Por nuestras hijas", vínculos en las familias", en Margulis y Otros: Juventud, Cultura, Sexualidad: La dimensión cultural en las relaciones afectivas y sexuales de los jóvenes de Buenos Aires, Ed. Biblos, Buenos Aires.

MARGULIS, M. (1994); La cultura de la noche, Espasa Calpes, Bs. As.

MINUJIN, A. (1998); "Vulnerabilidad y Exclusión en América Latina", en Bustelo E. y Minujin, A.: Todos entran, Santillana/UNICEF, Colombia.

NARI, M. (2000); "Maternidad, política y feminismo", en Gil Lozano Fernanda, Valeria Pita y Gabriela Ini, Historia de las mujeres en la Argentina, tomo II, siglo XX, Editorial Taurus, Buenos Aires.

PANTELIDES, E.; Geldstein, R.; Infesta Domínguez, G. (1995); Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia", Cuaderno del CENEP N° 51, Buenos Aires.

PASTRANA, E.; Bellardi M.; Agostinis, S. y Gazzoli, R. (1995); Vivir en un cuarto: inquilinatos y hoteles en el Buenos Aires actual, Revista Medio Ambiente y Urbanización, Año 14, N° 50-51, IIED, Buenos Aires.

PISCITELLI, A. (1995); Ambigüedades y desacuerdos: los conceptos de sexo y género en la antropología feminista. En Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, n° 16.

RIVERA, M. (1994); "Partir de sí", en Revista El viejo Topo, Feminismo: entre la igualdad y la diferencia.

ROSTAGNOL, S. (1991); "Género y división sexual del trabajo. El caso de la industria de la vestimenta en Uruguay", en Feijoo María del Carmen, *Mujer y sociedad en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.

SCHEPER-HUGHES, N. (1997); *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Ariel, Barcelona.

SCHMUKLER, B. (1989); "El rol materno y la politización de la familia", en Fernández, Ana María y Eva Giberti (comp.): *La mujer y la violencia invisible*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.